

Manuel Fernando Pascual

*S*anar  
*nuestras*  
*heridas*



## Prólogo

**E**n Jesús pudimos vislumbrar a qué plenitud de vida estamos llamados. Su propuesta coincide con nuestro anhelo; sin embargo, no podemos dejar de constatar que estamos heridos. Tal vez nuestra herida más profunda es en la confianza. Por eso Jesús asume nuestra humanidad como es y como está, por eso sabrá de ausencias y abandono, de rechazo e indiferencia. Más que explicar vino a compartir, a poner nuestra herida e inconclusa humanidad en las manos amorosas del Padre. Ante él hay que elegir, hay que dejarse encontrar. No alcanzan las palabras, hay que ofrecer vidas concretas en las que podamos constatar que sanar es posible. Estaremos sanos cuando demos a luz al hombre que estamos llamados a ser, cuando podamos volver a ser como niños, cuando podamos amar y perdonar, cuando nuestro pobre corazón termine de enterarse de que somos hijos amados y que Dios es Padre amoroso.



### *El hombre herido*

Con la ascensión de Jesús podemos observar la meta, la cumbre de su amoroso gesto de encarnarse: nuestra humanidad no está destinada a permanecer herida, a finalizar en la angustia, a terminar “a mitad de camino”; nuestra humanidad está llamada a la plenitud. Y esto es muy bueno observarlo, sobre todo, en Jesús resucitado que llega a la Casa del Padre. Pero para ello primero debemos reconocer que nuestra humanidad está herida, casi desde el origen (cfr. Gn 3). Y nuestra humanidad individual también está lastimada por nuestra historia personal.



Todo hombre está herido y nosotros, creyentes, no estamos exentos del dolor. Más aún, justamente nosotros estamos llamados a dar testimonio de que el hombre puede sanar. Miremos y descubramos qué pasa cuando los hombres se acercan a Jesús y responden a este: “Vengan a mí”. El Evangelio y la cercanía a Jesús tienen que producir este fruto de sanar heridas y convertir al golpeado en alguien que puede, a su vez, sanar a otros, porque se encontró con el Amor.

Si somos realistas tenemos que admitir con dolor, con dolor lleno de amor, que entre nosotros hay muchas heridas, que somos personas bastante lastimadas. Incluso es bastante frecuente ver que a muchos, los años los llenan de amargura... Tenemos que decirlo, justamente, porque no queremos que suceda, pero para que no suceda lo tenemos que ver y preguntarnos: ¿Por qué entre nosotros hay tantos heridos, por qué entre nosotros muchos envejecen con amargura si estuvieron tanto tiempo cerca de Jesús y viviendo en una comunidad de hermanos? Por supuesto estamos ante un misterio, y en ningún momento, lo quiero aclarar con toda verdad, pretendo agotar este misterio que es mucho más

## Índice

<i>Prólogo</i>	5
<i>I. Jesús nos invita a la plenitud</i>	7
El hombre herido	9
Jesús nos comprende porque él también fue herido	11
Las raíces del dolor	14
El amor rescata	16
Jesús nos dice: “Vengan a mí”	19
<i>II. Amor y sanación</i>	23
La fe se sustenta en el amor que cura	27
Amor y verdad	28
El valor de conocer nuestras heridas	32
Dejarse encontrar y sanar por el amor	34
<i>III. Jesús cura la totalidad del hombre</i>	41
No cerrarnos en la soledad de nuestras miserias	47
Jesús no rechaza nuestro ser herido	49

“Hombres de poca fe...”	55
Entregarse al amor sanador de Dios	56